



Fecundidad y Utilidad de las Humanidades

Lectio de Adela Cortina, en su ceremonia de investidura como doctora *honoris causa* por la Universidad de Salamanca

Magnífico Rector de la Universidad de Salamanca, D. Ricardo Rivero, Sra. Vicepresidenta del Gobierno de España, D^a Carmen Calvo, autoridades académicas y civiles, claustro de profesores, señoras y señores, amigas y amigos todos, recibir la invitación para ser investida Doctora Honoris Causa por una universidad es siempre un honor y una alegría. Y en este caso por una universidad que goza de la historia y prestigio que durante ocho siglos ha ido atesorando la Universidad de Salamanca. No sólo es la más antigua de España e Iberoamérica, y una de las más antiguas de Europa, sino que en sus aulas han impartido docencia gigantes de la cultura como Francisco de Vitoria, Fray Luis de León o Miguel de Unamuno, por citar alguno de sus humanistas universales. La conciencia de estar pisando tierra sagrada es inevitable.

Mis primeras palabras son, pues, de felicitación y de profundo agradecimiento. De felicitación, por cumplir ochocientos años tan fecundos. De agradecimiento, al claustro de profesores que aceptó la investidura y a las Facultades de Filosofía y Derecho que la propusieron, junto con mi colega, pero sobre todo, amiga, Victoria Camps. En este tiempo en que las mujeres van asumiendo en la vida pública el protagonismo que les corresponde, tiene un significado muy especial este acto, celebrado en la Universidad en que estudiaron las primeras mujeres del mundo, como Beatriz Galindo, e impartieron docencia en un ámbito universitario, como Lucía de Medrano.

Por si faltara poco, me une a esta universidad desde hace muchos años un vínculo cordial. He venido con frecuencia para participar en actos académicos y cuento en ella con amigos, a los que tanto y con los que tanto quiero, por decirle con Miguel Hernández, como José M^a García Gómez-Heras, Teresa López de la Vieja, Carmen Velayos, Antonia Durán, Fernando Carbajo, Manuel Alcántara, Mariano Álvarez, compañero en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, desgraciadamente fallecido en octubre pasado, y, cómo no, Enrique Bonete, que no sólo ha aceptado hacer esta *laudatio*, sino que en ella ha empeñado -como siempre, porque no es persona de medias tintas- la vitalidad de su corazón. Le conocí, como él mismo ha recordado, a través de José Luis Aranguren, pero también de Javier Muguerza; nombres que van quedando entretejidos en la propia biografía personal e intelectual, como raíz hispana de mi devenir filosófico, junto con la raíz germana de Kant, Apel y Habermas.

Es costumbre en estos actos de investidura que la nueva doctora aborde en la *lectio* algún tema ligado a la tradición de la universidad en la que ingresa. Y en este caso las posibilidades son abrumadoras, por eso me limitaré a uno que de algún modo los congrega a todos por ser transversal: el valor de las Humanidades, de las Ciencias Humanas, para construir sociedades democráticas, y la obligación de educar en ellas desde la Universidad, prolongando la bien acreditada tradición humanista de la Escuela de Salamanca y de sus sucesores.

1. El declive de las Humanidades

La cuestión es urgente porque las Humanidades parecen estar en declive tras siglos de esplendor, lo cual es una gran pérdida. Por elegir dos fechas expresivas del auge y la decadencia, el auge vendría representado por la conferencia de Snow en 1959 sobre “Las dos culturas y la revolución científica”, donde critica la prepotencia de los “intelectuales”, los humanistas, empeñados en monopolizar el término “cultura”, como si los científicos nada tuvieran que ver con ella, como si las ciencias compusieran un saber de segunda clase, y les acusa de ser luditas, de repudiar la revolución industrial, desinteresándose del bien de las personas concretas. El declive de las Humanidades vendría claramente expresado cincuenta años más tarde, en 2009, en el libro de Kagan *Las tres culturas*, en el que acumula un conjunto de razones por las que -a su juicio- las Humanidades han caído en descrédito: cuentan con hechos, pero no los describen y explican por causas, por eso no permiten predecir fenómenos futuros y aplicar los conocimientos para resolver problemas; no recurren a un método controlable, como el experimental de comprobación de los hechos, que permite alcanzar la verdad, a través de la verificación o la falsación; ni tampoco expresan sus resultados mediante un lenguaje objetivo y unívoco.

Las Humanidades intentan *comprender el sentido* de los acontecimientos humanos, desentrañar la *intención* del actuar humano, personal y colectivo. Qué duda cabe de que el *sentido* y la *intención* son particularmente huidizos, y se ven obligadas por ello a recurrir como método al diálogo con las personas y con los textos, lo cual requiere una gran dosis de hermenéutica, que difícilmente permite garantizar predicciones para el futuro.

Por si faltara poco, un buen número de mujeres y de minorías cultiva las Humanidades, lo cual parece a Kagan un síntoma de decadencia, y a ello se añade que en tiempos de postmodernidad los profesionales de la Humanidades declaran que no existen métodos propios de este tipo de saberes ni tampoco un vocabulario específico.

Cosa a todas luces falsa, porque, como bien dijera Ortega, estos saberes específicos de lo humano, que con el tiempo recibieron el nombre de *moral sciences* o bien *morals*, en el mundo anglosajón; *ciencias morales y políticas*, en el mundo francés y en el hispano; *Geisteswissenschaften* frente a las *Naturwissenschaften*, en el mundo germano,

proporcionan un conocimiento *estricto*, aunque no exacto; trabajan con hechos, pero no se limitan a ellos, sino que tratan de articularlos desde el *sentido*, que es la *materia inteligible* en el mundo humano. Y cuentan con métodos específicos en la línea de la comprensión, del *Verstehen*, pero también empíricos, cuentan con tradiciones y un rico vocabulario. Ciertamente, de los tres intereses del conocimiento de los que hablaron más tarde Apel y Habermas, es el interés por interpretar y comprender, el que abre el ámbito de la intersubjetividad, el que mueve el saber humanista, no el interés por dominar. Y en eso reside su grandeza: en reforzar el paso del “yo” al “nosotros”, del individualismo abstracto al reconocimiento mutuo concreto.

No son, pues, razones como las mencionadas las que pueden explicar el declive de las Humanidades, sino una causa que aparece explícita o implícitamente en la bibliografía sobre el tema y en la vida cotidiana. Las Humanidades -se dice- no incrementan el PIB de las sociedades, e incluso se llega a afirmar que por eso mismo no influyen en su desarrollo, y son saberes inútiles. ¿Pero es esto verdad? ¿Son saberes inútiles?

2. Utilidad y fecundidad: juegos de suma positiva

Así parecen reconocerlo, no sólo los detractores, sino también un buen número de defensores de las Humanidades, con la diferencia de que estos últimos atribuyen su grandeza a su inutilidad: a la utilidad de lo inútil, por decirlo con el título de Nuccio Ordine. Recogiendo textos de los clásicos de la filosofía y la literatura, Ordine distingue entre dos tipos de utilidad: la que produce beneficios económicos, que sería la que interesa a nuestras sociedades de mercado y a los gobiernos, y la que nos hace mejores. El ejemplo de un museo o de un yacimiento arqueológico resulta ilustrativo, ya que pueden ser fuente de ingresos, pero su existencia no debe estar subordinada al éxito económico, sino que se debe preservar para que los disfrute la colectividad. Recordando las hermosas palabras de Hölderlin, “Was bleibt aber, stiften die Dichter”, “Pero lo que permanece lo fundan los poetas”.

Sin duda en esta apelación a saberes que se buscan por sí mismos resuenan las palabras seminales de Aristóteles, recordando que la Filosofía Primera es la ciencia suprema precisamente porque no es productiva: “Es, pues, evidente que no la buscamos (esta ciencia) por ninguna otra utilidad sino que, así como llamamos hombre libre al que es para sí mismo y no para otro, así consideramos a ésta como la única ciencia libre, pues ésta sola es para sí misma”. En la diferencia entre aquellas actividades que son *prâxis teleía*, que tienen en sí mismas el fin por el que se llevan a cabo, y las que son *prâxis atelés*, las que se realizan por un fin situado fuera de ellas, las primeras tienen la primacía en el orden jerárquico, porque son *prâxis* en el más puro sentido de la palabra, no *poíesis*. Por eso, refiriéndose a la Filosofía Primera dirá Aristóteles que “todas las ciencias son más necesarias que ésta; pero mejor, ninguna”.

La concepción aristotélica de las ciencias libres es la que ha servido de marco a los saberes que se buscan por sí mismos, pero ni Aristóteles habla de dos tipos de utilidad ni hacerlo ayuda a entender la naturaleza de las Humanidades. A mi juicio, conviene reservar el término “utilidad” para las actividades cuyo valor procede del hecho de servir para otras cosas, y recurrir al término “fecundidad” para los saberes que valen por sí mismos y, precisamente por eso, promueven la formación de las personas, el cultivo de la humanidad. No en vano John Stuart Mill tuvo que dedicar el segundo capítulo de su libro *El Utilitarismo* a esclarecer el significado del término “utilidad”, por la dificultad de aplicarlo a placeres de tan distinto género que incluso la analogía resultaba insuficiente: entre la “utilidad” del placer para el loco satisfecho y para el Sócrates insatisfecho media tal abismo que, a mi juicio, es preciso recurrir a otro término.

Por eso propongo el término “fecundidad”, que puede predicarse de la filosofía, la literatura, la historia, las filologías y las artes, como también del amor o la compasión. Actúan -como diría el Salmo- “como el rocío que empapa la tierra”, impregnan el carácter de las personas y de los pueblos haciéndoles crecer. Lo cual no significa que no puedan resultar también útiles por sus buenas consecuencias para la convivencia, y para proporcionar beneficios económicos, pero es necesario mantener la diferencia semántica entre fecundidad y utilidad para comprender que lo que vale por sí mismo puede valer a la vez para otras cosas. Como expresa, aplicado a las personas, la formulación kantiana del Imperativo del Fin en Sí mismo: “Obra de tal manera que trates a la humanidad tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro siempre al mismo tiempo como un fin, y nunca solamente como un medio”. Se comporta racionalmente quien aprecia en sí mismo lo que por sí mismo vale, aunque tenga también una utilidad que no es inteligente despreciar.

Convendría entonces matizar posiciones como la de Martha C. Nussbaum, que en su texto *Sin fines de lucro*, como en todos los de este género, critica la avaricia de un mundo global, movido por el afán de lucro, en el que se hace necesario defender las Humanidades porque no persiguen el beneficio, y, por eso mismo, son un oasis indispensable para el desarrollo de la humanidad y de las democracias. A mi juicio, sin embargo, los cuadros esquemáticos suelen ser falsos por su ausencia de matices: en nuestras sociedades hay móviles de las conductas muy diversos, “el interés más fuerte”, a pesar de Hirschman, no es único.

De ahí que sea oportuno acudir a propuestas como la de Rens Bod en su libro monumental *A New History of the Humanities*, en el que defiende que las Humanidades también han contribuido al progreso económico y han resuelto problemas concretos. A juicio de Bod, lo que sucede es que se han escrito muchas historias de la Ciencia destacando sus logros para el bienestar de la humanidad, pero no se han escrito historias de las Humanidades en su conjunto. Si conociéramos la historia de las Humanidades nos percataríamos de que sus visiones han cambiado el curso del mundo, lo cual -a mi juicio- es sin duda un síntoma

claro de fecundidad, pero además muchas de esas concepciones han tenido aplicaciones muy concretas que han permitido resolver problemas. Un sinfín de descubrimientos ha cambiado la historia, como el de Panini, hacia el 500 a.J.C. de que el sánscrito está basado en una “gramática”, lo cual contribuye al desarrollo de los primeros lenguajes programados muchos siglos después; por no hablar del crucial descubrimiento de la Piedra de Rosetta. Pero como la Historia de las Humanidades no se conoce, se adjudican al haber de las ciencias un conjunto de descubrimientos que proceden del campo humanístico. Por eso el afán por distinguir y separar ámbitos, que se refleja en los planes de estudios y en los campus universitarios, es un conjunto de actos administrativos sin ningún reflejo en la realidad epistemológica, la interdisciplinariedad es constitutiva del conocimiento humano. Como bien sabían los creadores de la Universidad Humboldt de Berlín, la racionalidad humana es única, sea en su uso teórico, práctico o técnico, y su unidad trasparece en los distintos campos del saber desde la filosofía, que es como un “metasaber”.

Es, pues, necesario recuperar la unidad del saber y potenciar las Humanidades por dos razones al menos: 1) Son *útiles*, en el sentido de que proporcionan beneficio económico, han sido y son fuente de *innovación* tal como hoy se entiende el término, porque ofrecen soluciones para problemas concretos, que se traducen en “transferencia del conocimiento” al tejido productivo. 2) Son *fecundas*, porque diseñan marcos de sentido que permiten a las sociedades autocomprenderse y orientar cambios hacia un auténtico progreso, y propician el cultivo de cualidades sin las que es imposible alcanzar la altura humana a la que las sociedades democráticas se han comprometido. De esta utilidad y fecundidad que en la realidad se dan entrecruzadas, nos ocupamos a continuación, empezando por la utilidad.

3. La utilidad de las Humanidades

Cualquier proyecto de mejora en una sociedad propone potenciar la “I+D+i”, es decir, la investigación, el desarrollo y la innovación. Según la Estrategia Europa 2020, esta última es indispensable para lograr “un crecimiento inteligente, sostenible, inclusivo”. La innovación es una síntesis de invención y mercado. Si inventar es generar una nueva idea, la innovación consiste en plasmar esa idea en productos o procedimientos que permiten introducirla en el mercado con éxito, es decir, permiten venderla. Se utiliza esa expresión “ponerla en valor”, que a fin de cuentas significa hacerla lo suficientemente atractiva como para que alguien la compre. Y, si es posible, plasmarla en un soporte informático.

Ciertamente, ha existido y existe una importante innovación en Humanidades, se transfiere conocimiento humanístico al tejido socioeconómico para hacerlo competitivo, en el campo de la cultura (productos cinematográficos, discográficos, audiovisuales, editoriales), en el ámbito de los museos, las fundaciones, los centros responsables de educación o los medios de comunicación, en el mundo de la arqueología, en relación con

empresas de la construcción y la rehabilitación del patrimonio, que necesitan expertos en arte y paisaje, en el ámbito del turismo, fundamental para el PIB de muchos países, o en el de los sistemas de medición en educación.

Las Humanidades son, pues, productivas en el sentido habitual del término, contribuyen directamente al aumento del PIB de los países; una contribución que crecerá día a día.

Con todo, no es ésta su principal aportación al progreso en “*humanitas*”, sino la que vienen desempeñando desde sus orígenes al crear marcos de autocomprensión de la humanidad, marcos fecundos, que han cambiado la historia del mundo y es preciso transmitir a través de la Universidad. Como hicieron en su momento los humanistas de la Universidad de Salamanca (Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Martín de Azpilcueta, Tomás de Mercado o Fray Luis de León), teólogos, juristas y filósofos, preocupados sobre todo por problemas morales de la vida social, que nos legaron una herencia de la que sin duda vivimos.

4. La fecundidad de las Humanidades: los humanistas de la Universidad de Salamanca

Aquellos humanistas que se preguntaban por la licitud de la usura, por el precio justo, por los préstamos y los intereses, ¿no se encuentran en los orígenes de la economía moderna, como reconoció Schumpeter, pero también de esa economía ética, que hoy cristaliza en los Objetivos del Desarrollo Sostenible?

Quienes reflexionaron sobre los derechos humanos desde el iusnaturalismo y defendieron el derecho de los indígenas a la vida, la propiedad y a no ser obligados a la conversión, ¿no anticiparon la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que este año cumple setenta? Esa Declaración constituye la más acabada fenomenización de las aspiraciones morales del mundo moderno. ¿Y no resuenan en ella las palabras que Antonio Montesinos dirigía a los conquistadores españoles, en el célebre sermón del Domingo de Adviento de 1511?

“Éstos no son hombres? ¿No tienen ánimos racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís?”

Quienes debatieron sobre la guerra justa, el derecho de gentes, la obligación de la paz, abriendo el camino del derecho internacional, ¿no estaban anticipando creativamente esa sociedad cosmopolita que es necesario construir desde la hospitalidad para que ningún ser humano quede excluido?

La polémica en torno al libre albedrío y el determinismo, surgida en el ámbito teológico, ¿no se ha reproducido en la economía, la psicofisiología, la genética, hasta llegar hoy a versiones neurocientíficas, que con tanto acierto trabajó Mariano Álvarez en su discurso de ingreso a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas?

Las disputas sobre la pobreza, en las que intervinieron entre otros Domingo de Soto y Juan de Medina o de Robles, tan ligadas al *De subventione pauperum* de Luis Vives, el primer texto en la historia sobre el socorro a los pobres, ¿no van alumbrando la obligación de las instituciones de poner fin a la pobreza como protección de las sociedades y como promoción de los pobres? En ellas se va dibujando sin duda lo que Ravaillon ha llamado la Primera Ilustración sobre la Pobreza, que más tarde, en la Segunda Ilustración, conformaría el Estado del Bienestar como un Estado de Justicia.

Por último, pero no en último lugar, y llegando al pasado siglo, es de ley recordar al menos un punto del espléndido legado de Miguel de Unamuno, porque más tiempo no queda: su apasionada convicción de que es necesario cultivar las matris y la sororidad para que puedan prosperar las *patrias* y la *fraternidad* universal. “Y habrá barbarie de guerras devastadoras, y otros estragos -asegura D. Miguel-, mientras sean los zánganos, que revolotean en torno a la reina para fecundarla y devorar la miel que no hicieron, los que rijan las colmenas”. ¡Pobre civilidad fraternal, cainita, si no hubiera la domesticidad *sororia*!

Sin embargo, el mensaje más profundo que cabe extraer de los textos de Unamuno es que no se trata de repartir las cualidades humanas entre mujeres y varones, como se ha venido haciendo secularmente, asignando a las primeras la voz ética del cuidado y la compasión que las hace especialmente aptas para la vida doméstica, y poniendo en manos de los varones la justicia y la autonomía para que gobiernen la vida pública. Porque no cabe negar -dirá D. Miguel- que el varón herede femineidad de su madre, y la mujer virilidad de su padre. “¿O es que el zángano no tiene algo de abeja, la abeja algo de zángano? O hay, si se quiere, *abejos y zánganas*”.

Reconocer que las cualidades de la humanidad, distribuidas tradicionalmente entre mujeres y varones, son en realidad un patrimonio común, y que el cuidado y la compasión deben gobernar también la vida pública es -a mi juicio- uno de los grandes desafíos para el siglo XXI. La tía Tula, que, por decirlo con D. Miguel, si supo de Santa Teresa y de Don Quijote, acaso no supo ni de Antígona la griega ni de Abisag la israelita, es símbolo de esa ética del cuidado, esa ética del corazón, que vincula razón y sentimientos, y hoy deberíamos extender también a la vida pública.

Formar en la compasión, en la capacidad de ser con otros y comprometerse con ellos es, a mi juicio, la clave irrenunciable de la formación humanista que una universidad debe ofrecer en el siglo XXI. Esto es, al menos, lo que he ido aprendiendo a lo largo de una biografía, que ha ido creciendo poco a poco con ese amplio número de gentes con las que comparto la convicción de que merece la pena empeñarse en la tarea de construir razones fundadas para la esperanza. A partir de ahora confío en contar en este empeño con los nuevos amigos de esta universidad que hoy tiene la generosidad de contarme entre sus miembros.